

## LA QUIMERA DEL ORO



**C**UANDO un príncipe se instalaba en el poder, sea porque lo hubiera conquistado o porque lo hubiera heredado, lo primero que hacía era acuñar moneda. La circulación de su efigie en el oro del mercado era la realización de su soberanía. Más que la ceremonia de su coronación o de su entronización, lo que daba a las gentes noticia irrefutable de su mando era la moneda. Sin el oro redondo que circulaba por los mercados, su imperio era aleatorio. Una porción pequesimísima, pero evidente de su poder, estaba en todos los bolsillos. En cierto modo, su soberanía dependía de esta simbolización material, era un efecto de ella.

Los reyes que acuñaban el oro dependían, pues, de él; y nadie se hubiera atrevido a gobernar sin el consenso de esta pieza monetaria. La cuestión duró más de mil años, hasta la introducción en el mundo comercial y de las finanzas del papel-moneda. Este papel-moneda era un simple documento de cambio; representaba al principio un sistema práctico y expeditivo de manejar el valor del oro que anotaban las cifras. Cualquiera podía exigir la inmediata devolución del metal que el papel representaba y del cual el billete era un mero recibo. Durante un siglo, el papel-moneda fue un equivalente del oro; ello hasta que Inglaterra propuso la sustitución del patrón-oro por el patrón-moneda, la libra esterlina y el dólar. A través de estas monedas se sustituyó la confianza que a la gente merecía el oro en barras, por la que le merecían los Estados guardianes de este tesoro. Esto ocurría en 1922. Desde entonces hablamos de la riqueza de un país con relación a la libra esterlina y, posteriormente, casi exclusivamente con el dólar, verdadero patrón económico de la época. El mundo económico se mide en dólares, como tributo a la significación misma de la riqueza actual y a lo que ésta debiera tener de permanente e inamovible.

No faltan las voces que postulan un retorno a la medida de valor que significaba el oro puro y simple. Estas voces, que entienden el problema de una manera técnica —y con las que naturalmente no queremos competir desde nuestra casi absoluta inopia en la materia—, coinciden en advertir la fragilidad de muchos de los elementos que tiene el billete, en contra de la permanencia del valor del oro, de su inmutabilidad.

La opinión de estos técnicos es compartida por grandes zonas de la población. Apenas el valor del oro ha variado desde 1934. En ocasión de cierta aguda crisis financiera sobrevinida en Francia hace unos años, el presidente del consejo, Georges Bidault, se refirió con amargura al hecho de que, en Francia, "la riqueza duerme bajo los manzanos". Se refería a las cantidades ingentes de oro que posee la gente y que han escondido y enterrado en algún lugar de la tierra. Sólo en Francia, la riqueza así escondida es evaluada en tres mil toneladas de oro fino, una masa superior a todo el oro fino conocido en manos privadas en el resto de Europa y Asia reunidas.

El efecto del papel moneda, que simboliza una riqueza que en muchas ocasiones está lejos de existir, es, sin embargo, inmediato en las relaciones públicas y comerciales. Se dice de un billete que vale tanto, y la gente no lo pone en duda. Los economistas responsables del valor de la moneda manejan a través de ella esa sustancia inaprensible que es la riqueza absoluta, enlazando el algebraico valor con muchas de las facetas complejas de la economía moderna. Hubo un tiempo en que circulaban monedas cuyo valor intrínseco era superior a su valor estimativo en el mercado. La "Gloriosa" lanzó unos napoleones con una aleación de platino que valían más que su precio social y comercial. Los célebres "amadeos" tenían una cantidad de plata superior a las cinco pesetas en que eran tasados. En España, en determinados periodos de la primera guerra, no era posible cambiar el oro sin añadir una prima ya convenida, tales eran las cantidades del oro circulante y solicitado. Todos estos episodios dan razón a la ley de Gresham según la cual la mala moneda acaba expulsando de la circulación a la que es mejor, porque ésta acaba indefectiblemente siendo enterrada debajo de los almendros o de los manzanos y desaparece del mercado.

El valor del oro radica en el hecho de su inmutabilidad a través del tiempo y de que no se pueda fabricar ni mixtificar. Ningún doctor Fausto

conseguirá inventarse una fórmula creadora del oro. Los tres metros de oro macizo que forman la sepultura de Tutankamen son exactamente lo mismo desde hace más de cuatro mil años. La gente confía en esta permanencia. En cambio, desconfía de la urgencia industrial con que determinados gobiernos han dado curso a la inflación lanzando a la circulación emisiones de billetes sin respaldo alguno. La moneda alemana de la primera posguerra es un espectro que planea sobre el espíritu de los pequeños ricos. Por eso, advertimos la oportunidad con que determinados países, en un momento determinado, ajustan su moneda a un precio aproximativamente real, devolviéndola, operación que no puede ser considerada como un remedio de urgencia, sino como el simple reajuste legal de una realidad económica.

Se manifiestan en estos días determinados hechos que indican una inquietud de ajuste, que no sabemos hasta qué punto pueden empezar a modificar las estructuras en que se basa el concepto del capitalismo. La lucha entablada por el nuevo Gobierno inglés para salvar a la libra de la devaluación, fue simplemente aplazada por la gigantesca operación bancaria que acudió en socorro de la moneda inglesa cuando ésta era vendida en cantidades masivas en el curso de un par de sesiones de la Bolsa de Londres, realmente agitadas. La adquisición, de un golpe, de lingotes de oro por valor de ciento cincuenta millones de dólares, llevada a término por el Gobierno francés, pudiera hacer pensar que el general De Gaulle emprendía una ofensiva contra el dólar, patrón económico del mundo occidental. La abolición del veinticinco por ciento de la circulación fiduciaria, propuesta por el Presidente Johnson al Congreso americano, es una consecuencia de la flexibilidad que el papel moneda ha de adquirir para mantener su solvencia y de las sutilezas que hay que dar a los orígenes de la función crediticia. Mediante esta medida, los Estados Unidos podrían disponer de un plus de seis mil millones de dólares en lingotes para ajustar sus cuentas económicas con el exterior.

En realidad, el principio aparentemente abstruso de esta cuestión pudiera ser definido muy sencillamente. Extraemos un comentario del economista francés Jacques Rueff: "Si un muchacho presta a otro las canicas que le ha ganado para que pueda continuar el juego, el volumen de su crédito aumenta sin que aumente el número de canicas." Los Estados Unidos y la Gran Bretaña están en situación de jugar con las canicas que ya les deben. Las canicas son oro, pero las cobran en papel. Llegarán finalmente a una situación en que serán insolventes en oro. Y entonces el sistema del "gold exchange standard", inventado en 1922, será inservible.

### fort knox

La audacia que cometemos al abordar temas como éstos, que escapan a nuestra comprensión, y en los que no somos técnicos, es, sin embargo, la que pueden cometer los millones de seres afectados por la cuestión de fondo que se debate. En definitiva, la eficacia de los gobiernos se determina aún como en la Edad Media, por la capacidad que poseen de estampar su efigie en una moneda. Pero en la crisis psicopolítica actual, los acuñadores de moneda están en mitad de una larga parábola en la que, los unos, actúan con los elementos y paradigmas del contrario, y viceversa. La profunda crisis del crédito, que estos hechos dejan entrever, en el sector capitalista, contrasta con el hecho de que sea la Unión Soviética la segunda productora de oro del mundo, inmediatamente después de la Unión Sudafricana. Nos hallaríamos, pues, en la mitad de un proceso según el cual, dentro de unos años, serían los Estados Unidos los que pudieran hallarse en situación de solicitar oro a Rusia, instauradora del patrón-trabajo. Pero, ¿a cambio de qué? Y otra cuestión: ¿será solvente Rusia en oro, en aquellas calendas?

Lo que se debate no es una cuestión financiera, sino una cuestión jurídica universal. Es muy probable que la moneda americana exceda en este momento a las posibilidades de garantía que le puede dar el vil metal. En el ejercicio de expansión que posee, puede un dólar contener más que el valor de los lingotes que lo respaldan. Estos lingotes están guardados en una fortaleza que hasta tiene el nombre de las que, en las películas, sirvieron de marca a la conquista del Oeste; se llama Fort Knox. Y ninguno de los infinitos instrumentos de protección que la rodean puede preservarla del cerco a que está sometida, en el que convergen los elementos más dispares, de Breznev a De Gaulle. De todos modos, está lejos aún el día en que se cumpla la profecía de Marx, según la cual, el capitalismo será lapidado con lingotes de oro.